



Las cenizas de la flor

Angel Crespo

La caída de Roma

Ya se sabe, y todo lo hemos oído cantar con música de género chico: "Hoy las ciencias adelantan/ que es una barbaridad". Maticemos, para ser justos, que el adelanto bárbaro de las ciencias suele producirse de vez en cuando y, generalmente, cuando algún científico desorientado cae en la tentación de meterse a humanista.

Según Marguerite Yourcenar, el emperador Adriano presentaría la caída de su imperio, y por eso le atribuye estas palabras en las celebradas *Memorias* que, tras haber estudiado a fondo, sin ayuda del análisis químico, el tiempo y la figura del decimocuarto emperador romano, escribió en su nombre dieciocho siglos después de su muerte: "Habría querido hacer retroceder, evitar si ello fuese posible, el momento en que los bárbaros del exterior —el subrayado y la traducción son míos— y los esclavos del interior han de arrojarse sobre un mundo que les exige respetar desde lejos o servir desde abajo, pero cuyos beneficios no les pertenecen. Me obstinaba en que el más desheredado de los seres, el esclavo que limpia las cloacas de la ciudad, el bárbaro hambriento que merodea en las fronteras, tuviera interés en que Roma durase".

Ello quiere decir que, según Adriano y la Yourcenar, la caída del imperio romano se debió sobre todo a la marginación de los bárbaros y los esclavos, pues los discriminados suelen admirar

y odiar al mismo tiempo —o así me parece— a la sociedad de la que se ven excluidos o por la que se sienten injustamente tratados.

Los romanos de fines del imperio no andaban muy lejos de las ideas del autor del maravilloso poemita "Animula vagula blandula" y, curiosamente, atribuyen la ruina inminente de Roma a un achaque del alma, la fe cristiana, que estaba afectando de manera especial a los bárbaros y a los esclavos. Los dioses de sus mayores, decían, despreciados y calumniados por los adeptos de la nueva fe, habían dejado de proteger al Estado. La salvación de Roma, y eso era lo que había tratado de conseguir el César Juliano, aquel idealista tocado por la espiritualidad de la tradición esotérica, dependía de su vuelta al paganismo.

Agustín de Hipona, que antes de ser cristiano había sido pagano y maniqueo, escribió su *Ciudad de Dios*, obra genial en la que juzgaba a la religión pagana privada de todo carisma —lo que es mucho decir— para contraponer la ciudad terrena a la ciudad divina y para acusar al imperio de no haberse ocupado sino de la primera, motivo por el que se estaba produciendo la agonía del Estado que él mismo presenció —yo creo que entre temeroso y esperanzado— desde su diócesis africana. Agustín, con un punto de vista que, aunque diferente del de Adriano, lo complementaba, atribuía a la impiedad la

inevitable caída de Roma.

De entonces a acá se ha escrito mucho sobre el asunto. Dante pensaba que la grandeza y el hundimiento de la Ciudad Eterna fueron obra de la Divina Providencia, en el sentido de que Dios permitió que los romanos fuesen invencibles hasta que lograron unificar el mundo y administrarlo de manera que llegase a la profetizada plenitud de los tiempos y, en consecuencia, fuese propicio, al estar regido por una sola potestad, a la rápida propagación del cristianismo; por lo que, una vez propagada la nueva doctrina, había perdido su razón de ser. Montesquieu fundó la ciencia política moderna gracias a sus estudios sobre la *Grandeza y decadencia de los romanos*. ¿Para qué seguir, si todo esto no ha sido más que vanas especulaciones?

La solución nos llega de Boston y proclama que el imperio romano murió, o poco menos, de saturnismo. ¿Cómo de saturnismo si Saturno, al fundar el reino del Lacio, al que rigió desde el Capitolio durante su Edad de Oro, sentó las bases del imperio romano? Tal vez porque, como es bien sabido, Saturno suele devorar a sus hijos. ¿Es algo más que una paradoja que el plomo fuese consagrado a este dios de los latinos?

El doctor Jerome N. Nriagu, tras estudiar las personalidades y las costumbres de los emperado-

res y los grandes de Roma que vivieron entre el año 30 antes de nuestra era y el 200 posterior a ella, ha llegado a la conclusión de que dos terceras partes de ellos, entre los que se contaba, cómo no, Calígula, sentían predilección por manjares y vinos que contenían plomo. Y como el plomo y sus sales producen la enfermedad llamada saturnismo, que por lo visto afecta a la conducta de quienes la padecen en el sentido de convertirla en excéntrica, allá tenemos a dos terceras partes de los grandes de Roma contribuyendo a hacer trizas su imperio.

No sabría yo decir si el plomo pudo ser capaz de producir semejantes cambios históricos antes de que se inventase la pólvora, pero sí me permito dudar de la solidez de la tesis del doctor Nriagu. El cual sostiene que aquellos próceres solían endulzar su vino con un jarabe hecho de mosto hervido en recipientes con aleación de plomo. "El jarabe —precisa nuestro doctor— figura en la quinta parte de las recetas de un libro romano de cocina". No dice de qué libro se trata —o al menos no lo dice la noticia del sensacional descubrimiento— pero no puede tratarse de otro libro que *De re coquinaria (Sobre la cocina)* de Apicio, pues antes de que este célebre y pródigo aficionado a la buena mesa escribiese tan inmortal recetario, sólo Catón, Varrón, Columela y algún otro nos han transmitido unas cuantas recetas

—no muy atractivas por cierto— en obras no dedicadas monográficamente a tan sabroso tema; y después de Apicio no se escribió ningún libro que, como el suyo, se hiciese digno de inspirar a los cocineros de la aristocracia romana. Si lo hubo, se ha perdido, y ni el doctor Nriagu ni nadie podemos conocerlo.

El jarabe de marras no es otra cosa que un arrope al que los romanos llamaban *defertum*, o bien otro semejante, al que daban el nombre de *carenum*; y es verdad que a veces se cocían en recipientes metálicos, pero de bronce, según Apicio, y el bronce es una aleación de cobre y estaño que poco saturnismo puede producir. Además —piensa uno—, el metal saturnino se ablanda y derrite con el fuego y no es probable que los romanos hiciesen sus arropes, según asegura Nriagu, "en recipientes de plomo o en teteras de cobre con contenido de plomo", aparte de lo sorprendente que resulta que hubiese teteras donde no era conocido el te.

No, el imperio romano no cayó a consecuencia de nada meramente material, y el propio doctor Nriagu ha declarado, entre otras cosas, a los sorprendidos periodistas: "No puedo decir con exactitud que el plomo haya sido el único responsable, pero puede haber sido un factor importante". Da gusto que algunos investigadores sean personas tan equilibradas y modestas.



Quimera, espera, escalera

ESCALERA

¿Acaso el dolor justifica este verso?
Como una quemadura llegará mi voz
susurrante a la oreja sorda del tiempo.
Soy un cazador de peces sorprendidos
a la luz incierta de la luna
y sólo sueño en la realidad donde me hallo.
Balbucea el alma al conjugarse
irisada por la mosca de mis labios.
Tengo el alma plagada de espejos
arañados por la cobra ausente de tus besos.

QUIMERA

Para darle pescado: ¡Beethoven, arco iris y clavel!
Para coger sus manos: ¡Agua, azul y laurel!

(tres poemas últimos de Juan Carlos Valera)

Pregúntale por el quinto elemento
y dime si es mujer,
1 2 3
1 2 3
chupichupidominé

ESPERA

No cierres la puerta,
Sentado en un rincón con los ojos claros,
el sueño impúber de mis labios
y el aliento denso de la espera,
te prepararé un Gin-Tónico....
Quizás no vengas, hace frío esta noche
y el mar queda lejos.

LA MUJER BARBUDA

Dirige:
José Antonio CasadoCoordina:
Damián Villegas y
Amador PalaciosCorrespondencia: Redacción
de Toledo de La Voz del Tajo,
Barrio Rey, 9